

Al *hipérbole* pertenece la *Auzesis* ó incremento, que es un *hipérbole* fino, cuando por causa de amplificar ó engrandecer una cosa, en lugar de la voz propia ponemos otra mas cruel y terrible, diciendo, por egemplo, *muerto* al herido; y *sin alma* al lastimado de dolor.

Débase atender hasta que grado puede subir el *hipérbole*, porque muchas veces por querer levantarle sin término, destruimos su fuerza; y alguna vez resulta un efecto contrario al que se busca. Respecto de los *hipérboles* se ha de observar tambien lo que se aplica á las demas figuras en general, que aquellas son mas hermosas, que estan mas ocultas, y que no se toman por tales. El *hipérbole* debe nacer de la pasion provocada de alguna gran circunstancia, como, por egemplo, lo que dice Herodoto de aquellos espartanos que murieron en Termópilas. *Se defendieron* (dice) *hasta que los bárbaros los sepultaron debajo de sus dardos*. Está bien exagerada la multitud inmensa de dardos, y no deja de ser verosímil el caso, porque la espresion *hipérbolica* con que se pinta parece nacida del asunto mismo. Este pensamiento pasa de los límites de la verosimilitud, y cae en ridícula afectacion cuando, hablando de la batalla de las Navas, dice un autor nuestro del siglo del mal gusto; *Las flechas arrojadas encubrian el sol, y se creyó que le apagaban*.

Entre los *hipérboles* descomunales y ridiculos se deben contar aquellas frases fanfarronas, tan vanas y falsas como la realidad de la idea, segun se verá en el siguiente egemplo que lo puede ser de hinchazon y bizarría metafórica. El autor del referido siglo, hablando con el Rey de España, y

este era Carlos II, le dice: *Los bagcles de V. M. abollando á Neptuno su variable espalda, darán ley á los vientos y á las olas; y si alguna vez se rizaren sus espumas, se les dará licencia para ser hermosas, pero no crueles*.

Silepsis.

La *silepsis* oratoria es una especie de metáfora ó comparacion, por la cual una misma palabra recibe dos acepciones en la misma frase, una en sentido propio, y otra en el figurado. Un autor, para explicar que Pirro, principal motor del incendio de Troya, ardía en amor de Andrómaca, dice: *Ardia con mas llamas que las que habia encendido*. Aquí la palabra *ardia* tiene el sentido propio con respecto á Troya, y el figurado con respecto á Pirro.

Corresponde tambien á este género de traslacion, cuando una misma frase es dos veces figurada, á saber, cuando en el primer sentido pertenece á un *tropo*, y en el segundo á otro. Leemos, por egemplo, en estilo místico: *Es necesario mortificar la carne*. En esta oracion la *carne* se toma por el cuerpo humano, esto es, la materia por la obra; y *mortificar* es palabra metafórica, que aquí significa abstenerse de todo deleite sensual.

ARTICULO III.

DE LAS FIGURAS RETÓRICAS.

Aunque es cosa muy comun y frecuente en el language ordinario del hombre civil el uso de

estas locuciones que llamamos *figuras*; no por eso la retórica, que las espone y clasifica, deja de considerarlas como uno de los instrumentos mas poderosos de la elocucion oratoria.

A ningun arte, á sabio ninguno, se debe la invencion de las figuras: yo lo confieso. La naturaleza las dicta desde que hay hombres que tienen necesidad de persuadir á los demas, ó interer en engañarlos: la naturaleza las dicta, vuelvo á decir, en la agitacion de las pasiones. Es cosa muy esperimentada la eficacia con que conmueve los ánimos la prosa de un tratante en una feria, de un lloron é importuno pordiosero delante de una puerta, y del rústico que defiende su pleito. Mas, sin embargo que inspira la naturaleza las pasiones, y dicta su idioma; el orador tranquilo, que siempre defiende la causa agena, y que ha de incitar con nobleza y regularidad los movimientos inspirados en las almas groseras por la pasion atropellada, recurre á las reglas del arte que pule, mide y ordena para la elocuencia pública lo que la simple y desnuda naturaleza, en el hervor de los afectos, arroja con copia inculata y arrebatada para los debates é intereses particulares.

Las *figuras*, pues, son unos modos de decir que, no solo espresan el pensamiento como las demas frases ordinarias, sino que lo declaran de una manera particular que las caracteriza. Cuando se usa de ellas oportunamente, dan viveza, gala, y belleza á la oracion: porque, sobre manifestar el pensamiento como las locuciones comunes, tienen la virtud de una forma especial que las distingue de las frases simples y llanas, para llamar la atencion y mover los ánimos.

Los retóricos distinguen dos géneros de *figuras*; unas llamadas de *diccion* ó palabra, y otras de *sentencia* ó pensamiento. Las primeras son de tal compostura, que si se altera el número de las palabras, ó se trueca el órden de ellas, desaparece su forma figurada, y queda la oracion en su construccion simple y gramatical. Las segundas, al contrario, son indestructibles, aunque se cercenen palabras, ó se inviertan; porque como quiera que su efecto proceda de la naturaleza de los pensamientos, y del aspecto por donde los presenta la imaginacion, pertenecen á todos los estilos, y á todos los idiomas.

§. I.

FIGURAS DE DICCION.

Las figuras de diccion se hacen de tres maneras: ó por adicion, ó por disminucion, ó por trueque de palabras, con lo cual se caracteriza á cada especie; y servirán para su conocimiento los egemplos siguientes.

Repeticion.

Es la *repeticion* la *anáfora* de los griegos, cuyo primer oficio se descubre, cuando empezamos todos los miembros y cláusulas de la oracion con una misma palabra. Esta puede ser, ya de nombre propio, ó de adjunto, ó de verbo; ya de pronombre, ó de preposicion, ó de conjuncion, ó de cualesquier otras de las partes de la oracion gramatical.

Dice Ciceron, hablando del Africano: *Escipion rindió á Numancia, Escipion destruyó á*

Cartago, Escipion salvó á Roma de la ruina de las llamas.—Sigue este otro egemplo por los adjuntos ó epítetos: *cruel fué con los estraños, cruel con los suyos, cruel tambien consigo mismo.*—Otro egemplo empezando y continuando con un mismo verbo: *Cayó Alejandro, cayó Julio Cesar, cayó Antonio, y todos los de la fama cayeron.*—Sigue otro egemplo por el pronombre: *Suya fué la empresa, suya la egecucion, suya la gloria de haberla acabado.* Refiriendo Solís las razones que dijo Cortés á sus soldados antes de acometer á los del capitán Narvaez su rival, émulo de su gloria y de sus hazañas, esfuerza su oracion con dos repeticiones de dos contrapuestos pronombres: *A usurparos vienen (dice Cortés) quanto habeis adquirido, y hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas. Suyas han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas.*

Otros egemplos se podrian juntar aquí, que escusamos presentar por no dilatarnos demasiado, siendo de suyo muy obvios á cualquiera que tenga algun uso del arte de hablar concertadamente. Pero, como en algunos está el valor de la figura, mas en el énfasis, que en la forma simple con que la caracterizan los retóricos; trasladaremos algunos egemplos para hacer sobre ellos observaciones en que se hará ver que no es tan indiferente, como parece á primera vista, el uso de esta figura, ni tan mecánico y pueril su oficio. Es la que muestra menos artificio ciertamente, y la que da vigor y espíritu á todas las de sentención, y á las mas graves y vehementes, pues

en todas entra, y en todas luce y resalta: esfuerza la *interrogacion*, levanta la *invocacion*, anima la *esclamacion*, estrecha el *énfasis*, aviva la *descripcion*, acompaña la *gradacion*, y sostiene la *prosopopeya*.

Es muy necesaria esta figura, no por su composicion, pues es simple palabra, y á veces simple letra, para espresar el carácter de las pasiones mas vehementes. Ella no forma, ni frase, ni sentención por sí: pero pone en juego y movimiento á las frases y á las sentencias. Con ella se enciende la ira, se arrebatada la desesperacion, se sustenta la esperanza, se dilata la alegría, etc. Como el hombre apasionado tiene fuertemente clavada su imaginacion y su ánimo en el objeto causador de su pena ó de su gozo, y como cerrados los ojos para todos los demas; ha de repetir muchas veces la palabra que lo representa, ó que lo recuerda á su consideracion.

Así esclama una muger engañada y abandonada de su marido: *¡De un esposo tanta falsedad! ¡De un esposo tanta perfidia! De un esposo tanta crueldad! ¡Ay de mi....! desventurada....!* El esposo, objeto aquí de su dolor, lo es tres veces de su lamento: en cada repeticion se hace una pausa, y en cada una se renueva el sentimiento. Podia haber dicho: *¡De un esposo tanta falsedad, tanta perfidia, tanta crueldad!* pero ya no hablaría entónces el corazón, sino la admiracion espresada una sola vez, á pesar de ser tres las causas de ella: Podia haber dicho sencilla y sueltamente: *¡De un esposo tanta falsedad, perfidia, y crueldad!* Aquí parece que no habla la persona que padece, sino la que refiere el pesar ageno.

Quando la palabra repetida tiene un sentido

demostrativo, como el de los pronombres, se representa con mas viveza la idea de la cosa á que se refiere. Atiendase á este egemplo: *Parece que los primeros hombres perdieron de vista las leyes de la naturaleza: de aqui nacieron nuestros errores, nuestros crímenes, nuestras calamidades, nuestros enemigos, nuestras guerras.* Podria esto mismo decirse sin faltar á la gramática, ni á la retórica, ni á la verdad; mas si á la elocuencia, esto es, no acompañando las cosas con el adjunto *nuestros*; pero el pronombre las hace propias de todos, así del que habla, como del que oye; y las repeticiones nos inculcan mejor la verdad de los efectos que vemos, experimentamos, y sentimos en el estado moral y político de la humana sociedad.

Para insistir en una verdad y dar mayor fuerza á la proposicion, hacen tambien el mismo efecto los adverbios demostrativos, como en esta de Fr. Luis de Granada, quando dice: *Donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza.* Dice otro escritor elocuente hablando de la muerte que se dió Caton, viendo perdida la libertad de Roma: *Este Caton, este filósofo, este ciudadano no supo hacer su muerte provechosa á la patria.* El pronombre *este*, repetido tres veces, llama otras tantas nuestra atención hácia el sugeto. Decir *este Caton*, es lo mismo que decir, *este*, de cuya virtud conservamos tan alta idea; *este filósofo*, aquel hombre que hemos oido celebrar por tan sabio; *este ciudadano*, aquel romano tan amante de la república; y con esto se viene á decir tacitamente: ¿qué precipitacion, que flaqueza la suya, de matarse sin ningun fruto para la patria!

Esta figura sirve poderosamente para instar, redargüir, ó inculcar una verdad. Por egemplo, para probar que la poesia fué el primer language de los sabios de la antigüedad, dice un autor: *En verso se enseñaron las primeras máximas de la religion; en verso se escribieron las primeras leyes de los hombres, en verso se cantaron las primeras alabanzas á la divinidad; en verso hablabaron los primeros teólogos, los astrónomos, y los historiadores.* Cada repeticion es lo mismo que decir: en verso, en lo que no sabiais, ó no creiais, ó dudabais, sí; en verso.—Por la repeticion del pronombre, y muy enérgica, inculca Fr. Luis de Granada esta verdad: que los que hicieren buenas obras, gozarán de premio eterno, y los que malas, recibirán eterno castigo. *Esta (dice) es una sentencia que á cada paso repiten las escrituras divinas; esto cantan los salmos; esto dicen los profetas; esto anuncian los apóstoles; esto predicán los evangelistas.*

Una sola particula gramatical se hace distributiva quando se repite en los miembros de la oracion, y da gran peso y claridad á las ideas que se quieren espresar. Pinta un autor el aparato de un egército de moros que venia á la batalla: *Ya se ven tremolar las medias lunas; ya suena el metal sonoro; ya de los armados el susurro y voces; ya de los herrados brutos los relinchos.* En cada repeticion se representa ó se da á entender, ó bien la admiracion de quien lo cuenta, ó el temor de quien tenia que resistir al enemigo, porque uno y otro afecto hallan nuevos motivos para suspenderse en cada circunstancia del objeto representado.

Puede estar la repeticion, no tan solo al prin-

cipio de la oracion , ó en el de sus períodos , mas tambien en medio de sus incisos , y siempre estará bien ; y aun así aparecerá menos estudiada , menos artificiosa , porque correrá mas libre la frase y mas natural. De la constitucion politica de los antiguos griegos dice un historiador. *La Grecia, siempre sabia, siempre sensual, siempre esclava, en todas sus revoluciones no experimentó sino mudanzas de soberanos.*—Oigamos á Cervantes en su Quijote , cuando nombra las calidades del caballero : *Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso; no soberbio; no arrogante, no murmurador.*

En el uso de esta figura , como en todas las cosas , debe haber modo y término. Donde y cuantas veces se puede repetir una palabra , tiene un límite y una regla , que es el buen juicio , y el buen oído. En pasando de cuatro se puede decir que es afectacion , y pierde la oracion su compositura , y el pensamiento su eficacia. Y ¿qué será , si se ensartan como cuentas en cordon? Entonces será pesadez , falta de gusto , pueril vanidad.

De esta figura , por las diferentes formas que toma de la estructura de la frase , se derivan , como de un género las especies , otras figuras ; ya la *conversion* , la *complexion* , la *conduplicacion* , ó *traduccion* ; ya la *relacion* , la *adjuncion* , la *gradacion* , la *conjuncion* , la *disolucion* ; de todas las cuales vamos á tratar separadamente.

Conversion.

La *conversion* se hace cuando una palabra misma se repite muchas veces en el fin de los

miembros ó períodos de la oracion , como cuando Ciceron en una invectiva contra Marco Antonio , dice al senado : *¿Llorais la pérdida de tres egércitos del pueblo? los perdió Antonio. ¿Sentis la muerte de nuestros mas ilustres ciudadanos? os los robó Antonio. ¿Veis hollada la autoridad de este órden? Hollóla Antonio.*

Complexion.

La *complexion* es la que abraza y encierra en sí las dos figuras antecedentes , porque hace repeticion no solo en el fin , sino en el principio de los miembros. Sea este el primero y mas comun egemplo : *¿Quién quitó la vida á su propia madre? ¿No fué Neron? ¿Quién hizo espirar con veneno á su maestro? El mismo Neron. ¿Quién hizo llorar á la humanidad? Solo Neron.* Esta composicion seca y simétrica , tiene mas las formas de la retórica que las de la elocucion.

Salga aquí un egemplo del elocuente Fr. Luis de Granada , el cual , diciendo que todos los géneros de bienes que por los hombres se pueden desear , se encierran en la virtud , como un bien universal en que se hallan todas las perfecciones , prosigue de esta manera : *Si honestidad deseais ¿qué cosa mas honesta que la virtud que es la raíz y fuente de toda la honestidad? Si honra ¿á quién se debe la honra y el acatamiento, sino á la virtud? Si hermosura ¿qué cosa mas hermosa que la imagen de la virtud? Si utilidad ¿qué cosa hay de mayores utilidades que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? Si deleites ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz,*

y de la libertad de los hijos de Dios, que todo anda en compañía de la virtud? Si fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se podrá, y así como humo desaparecerá. En esta composición hay mas soltura, mas despejo, mas ornato y copia y tiene la oración miembros mas desembarazados y robustos.—El mismo, tratando de la bondad, justicia, y misericordia de Dios, repite con esta vehemente interrogación los mismos vocablos para mayor instancia: ¿qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta magestad no teme? ¿A quién sirve quien á este señor no sirve?

Conduplicacion.

Se comete esta figura cuando en el principio del periodo se duplica una palabra misma para esforzar mas la espresion y el pensamiento. Sirvan estos egemplos: *temed, temed, no la muerte, sino la tremenda cuenta del juicio*. Dice por el mismo modo otro autor: *jamas, jamas, se deja vencer el héroe, sino por generosidad*.

Es bellísima figura, sin embargo de ser de tan menudo cuerpo. Es muy usada en las pasiones trágicas, y muy familiar en los airados. Usamos de ella en los grandes afectos, porque significa la perpetuidad de la representación, como en estos ejemplos: *No vivirá, no; tales son sus maldades*. Otro: *Si; perecerás: sí; y no te servirán el poder y las riquezas*. Tambien se suelen hacer estas repeticiones acercando las palabras como *no, no, sí, sí*; pero, ademas de que, siendo unos monosílabos se confunden sus sonidos, tienen mas elegancia con la interposicion de otra

palabra, y el intervalo que media, parece que deja mas lugar á reiterar la intencion del que habla, como en esta: *Huid, ó miserables! huid*, que es la figura que los latinos llaman *resuncion*.

Cométese tambien esta figura cuando una dición misma ó frase es final de un miembro é inicial del otro inmediato, como en aquella oración en que Ciceron dice á Herenio: *¿Osas aun presentarte hoy á su vista, traidor á la patria? Traidor á la patria! ¿te atreves hoy á ponerte delante de ellos?*—De la beneficencia y modestia del Emperador Marco Aurelio, así habla su panegirista: *Los pueblos invocaban á Marco Aurelio, y Marco Aurelio les consolaba en sus desdichas. Todos adoraban á Marco Aurelio, y Marco Aurelio huía de sus incienso.*

En la pintura que hace Cervantes de la vida retirada entre ásperas breñas de Anselmo y Eugenio para llorar con otros pastores los desdenes de la esquiva Leandra, prosigue de esta manera: *No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuenta. El eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse, y Leandra resuenan los montes; Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos*.—De una fiera respuesta dicha con bizarría esto dice un autor nuestro: *Así habló un español; un español, cuyo espíritu no cabia en su corazón, con no ser pequeño*.—Para mayor variedad, pondremos este otro egemplo: *tierra, tierra, gritan y claman todos los del bagel; y no era tierra lo que veían*.—Otro: *No digo entre gentiles, no entre fieras digo, podria imaginarse tanta crueldad*.

¡Qué incremento no recibe el pensamiento con la repetición de la palabra *ladrones* repetida por Cervantes, cuando dice: *¡Parece que los gitanos nacieron en el mundo para ladrones: nacen de padres ladrones, crianse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo!*—Reprende D. Antonio Guevara la costumbre de los que en tumbas y epitafios dejan sus nombres, diciendo: *La mayor vanidad que hallo entre los hijos de los hombres es que no contentos de ser vanos en vida, procuran que haya memoria de sus vanidades despues de la muerte.*

Elegantemente hace esta reiteración de palabras Fr. Juan Marquez con repetir un verbo mismo en oportuno lugar: *No seamos cumplidores de palabra; no nos amemos de boca ni de lengua: no nos amemos palabrería y engañosamente; amémonos con obras y con verdad. Esta es la condición del mundo; la de Dios es muy de otra manera.*

Oigamos á Fr. Luis de Leon el cual, despues de haber dicho ser la amistad como fuerte nudo que ata y obliga á no desamparar al amigo afligido, y á compadecerle en cualquier trabajo, concluye: *El que tiene ánimo para cerrarlo á tanta deuda, y el que rompe con tan debidas, estrechas, y poderosas leyes, ánimo tiene de acero, y ánimo hecho para su solo interés.*

El mismo autor, comparando los deleites sensuales de las cosas terrenas con los de las almas virtuosas que se unen con Dios, comete doble reiteración, una con la palabra *deleite*, y otra con la palabra *gozo*: *El deleite (dice) que nace del conocer del sentido, es deleite ligero, ó como*

sombra de deleite, y es tosco y aldeano deleite; mas el que nos viene del entendimiento y la razón, es vivo gozo, gozo macizo, y gozo de sustancia y verdad.—Elegante y grave es esta sentencia de Saavedra cuando dice: *Si el corazón es grande, engendra grandes hijos, y busca empleos grandes.*—De mas subido valor es esta otra de Antonio Perez, amplificando y levantando el concepto con la oportuna y feliz repetición de una misma palabra, cuando dice en una de sus cartas: *Los grandes señores tienen mayor obligación de amparar á los inocentes necesitados: grandes llamo yo no solamente en el grado sino en el ánimo que estos tales son los verdaderos grandes. ¡Qué de príncipes grandes se han visto, á quienes toda su grandeza de reinos y poderios no los pudo hacer, ni aun parecer grandes!*

Otros egemplos se nos vienen á las manos de rasgos mas breves y ligeros, bien que mas recibidos en la poesía que en la prosa, si ésta no disimula el esmero de su colocación simétrica. Y consisten en repetir en el fin de la cláusula ó período el vocablo que se pone en el principio, como aquello: *Mira el peligro, y el consuelo mira.*—*Quería ver su patria, mas ver su miseria no quería.*—*Escuchaban á la lisonja, y á la verdad no escuchaban.* Todos estos modos, en medio de su linda construcción, tocan ya en el término del retruécano. Sin embargo, hay otros que por la gravedad de la sentencia, encubren el estudio, si lo hubiese como estos: *Los hombres desde el atroz derecho de la guerra se armaron contra los hombres.*—*Crece el amor del dinero cuanto el mismo dinero crece.*

Pero no es la prosa siempre tan severa ó me-